

Duodécimo domingo del Tiempo Ordinario B2024

Quiero comenzar esta homilía con una observación. Cuando la gente atraviesa momentos difíciles, como en el caso de una enfermedad grave o incurable, a menudo surge en sus labios una pregunta: ¿Por qué yo? ¿Por qué sólo yo? ¿Por qué estoy condenado a pasar por tal situación? ¿Por qué Dios no interviene y pone fin a mi sufrimiento? ¿Por qué no hace algo por mí? ¿Por qué guarda silencio como si no viera lo que estoy pasando?

Estas preguntas son legítimas, pero también nos muestran que el sufrimiento humano es un misterio que puede afectar ciegamente a cualquiera. Así como nos resulta difícil comprender totalmente el significado del sufrimiento, también nos resulta difícil comprender la razón por la que tenemos que sufrirlo.

Cualquiera que sea nuestra experiencia del sufrimiento, una cosa es segura: no somos los primeros en sufrir y hacernos preguntas al respecto. Muchas personas antes que nosotros y en el pasado pasaron por la misma experiencia y plantearon las mismas preguntas.

La primera lectura de hoy recuerda la historia de Job cuando se enfrentó al sufrimiento humano. Fue cuando Job estaba en la cima de su vida, exitoso en los negocios y próspero en la familia, que la desgracia lo golpeó. Como cualquiera de nosotros, se quejó ante Dios; le preguntó por qué no podía evitar que le sucediera todo eso.

El texto que tenemos hoy es la respuesta de Dios a Job. En esta respuesta, Dios le muestra a Job cómo él es el creador y amo del universo. Él ha creado todo lo que existe; todo lo ha ordenado hábilmente con un plan. Ha puesto límites a los mares y límites a la tierra. Por tanto, tiene poder para hacer cosas que los humanos no pueden explicar ni comprender.

El objetivo de este texto es invitar a Job a aceptar el plan de Dios para él, a confiar en él y a esperar que no lo abandone, a pesar del sufrimiento del momento.

Como a Job, Dios nos pide que en nuestro propio sufrimiento no perdamos la confianza y la esperanza en él. El sufrimiento es como una noche oscura que cae sobre alguien. Pero cada noche, por larga que sea, siempre tiene un amanecer. Incluso en medio de un sufrimiento grave, Dios todavía está con nosotros. Él guía todos los acontecimientos de nuestra vida para un buen final. Como dice san Pablo: "Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien" (Romanos 8, 28)

En otras palabras, pase lo que pase, necesitamos una fe fuerte y una confianza incondicional en Dios. Aunque nuestra vida se vea sacudida por una tormenta de sufrimientos y enfermedades, llegará un período de calma y consuelo del Señor. Aunque pasemos por algunas noches oscuras en nuestra vida, tenemos que estar seguros de que el Señor tarde o temprano intervendrá, porque es su promesa que estará con nosotros hasta el fin del mundo. Él sabe todo lo que nos está pasando. Él ve todo lo que nos sucede, porque siempre está con nosotros.

Todo esto nos ayuda a comprender el punto del Evangelio de hoy cuando nuestro Señor reprocha a sus discípulos su falta de fe. El reproche de nuestro Señor a los discípulos significa que se habían olvidado de que él estaba con ellos en esa tormenta. Por eso no les podría pasar nada malo. ¿Habría sido que ellos perecieran en esa barca, no moriría nuestro Señor con ellos? ¿Pero era ese escenario siquiera posible?

Como se puede ver, el error de los discípulos radica en que, en aquella situación crítica, dudaron del poder de nuestro Señor para protegerlos. Pensaron que estaban solos y luchando solos. Y, sin embargo, nuestro Señor estaba con ellos. Incluso dormido, nuestro Señor está siempre despierto y vivo. Además, los discípulos recurrieron a nuestro Señor sólo cuando su situación se volvió desesperada. Nuestro Señor no quiere que lo invoquemos sólo cuando las cosas van terriblemente mal, sino en cualquier momento.

Nuestra fe nos enseña que cualquier circunstancia de la vida, ya sea de alegría o de tristeza, es una oportunidad igual para abrir nuestro corazón al Señor y estallar en oración. El problema, sin embargo, es que algunas personas piensan en Dios sólo cuando son víctimas de la desgracia y la mala suerte. Y cuando su situación mejora, vuelven a su rutina y le dan la espalda a Dios.

El Evangelio de hoy nos invita a la conciencia de la presencia continua de nuestro Señor en nuestras vidas y a nuestra responsabilidad cristiana ante Dios. Nuestro Señor es un poderoso salvador que nos envía el Padre. Las fuerzas negativas de la vida y todo el poder del mal que intenta destruirnos no pueden vencerlo. Por eso es capaz de calmar la tormenta en el mar y dejar que el viento le obedezca.

Siempre que nuestro Señor está presente, hay paz y serenidad. Él puede darnos paz cuando nos asalten las tormentas de la vida y los problemas. Pero primero tenemos que invocarlo. Tenemos que decirle lo que nos asalta y nos da ansiedad. Entonces, puede ordenar al viento y al mar que se calmen.

Ese día, lo que salvó a los discípulos del naufragio fue el hecho de llevar consigo a nuestro Señor en la barca antes de iniciar la travesía. Esta es también para nosotros la mejor garantía contra las tormentas de la vida: llevar al Señor con nosotros. El medio por el cual podemos llevar a nuestro Señor en la barca de nuestra vida, nuestra familia y negocios es la fe, la oración y la observancia de los mandamientos.

Hermanos y hermanas, ¿aceptarían llevar a nuestro Señor con ustedes en la barca de su vida, de su familia y de su negocio?

Job 38: 1, 8-11; 2 Corintios 5: 14-17; Mark 4: 35-41



Fecha de la Homilía: el 23 de Juno 2024
© 2024 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20240623homilia.pdf